

Góngora sin Lágrimas

animal cenobioso cuya frente
carro es brillante de nocturno día.

★ El 11 de julio pasado se cumplieron cuatro siglos del nacimiento de Luis de Góngora y Argote, ese árido, malquistado, intemperante sacerdote cordobés —si a los retratos cruzados de Quevedo y Velázquez atendemos— quien había de revolucionar la poesía española, poner su nombre sobre el de su época —gongorismo se ha hecho sinónimo, equivoco, de barroco—, crear inextinguible polémica entre letrados y escu- rios, un tembladeral bajo los pies de los más avanzados críticos.

Otra fecha redonda, el tricentenario de su muerte —23 de mayo de 1627— concitó la entusiasta algarada de una generación de escritores, poetas en su mayoría, que lo tomaron como bandera contra los académicos y los "putrefactos", a la vez que utilizaban con largueza los recursos de su estética. Eran nada menos que Gerardo Diego, Jorge Guillén, Federico García Lorca, Dámaso Alonso, José Bergamín, Manuel Altolaguirre, y la compañía, quienes dieron el gran golpe al Parnaso para que entrara y se sentara en un sillón flamígero, el enrevesado y decorativo Don Luis.

Este cuarto centenario lo encuentra bien arrellanado en el emporio de los diccionarios, historias y manuales de literatura. Ya es uno de los grandes y puede ser magnánimo con los colegas, libre al fin de ominosas deudas, azares de los naipes, quejumbrosas solicitudes a los favoritos y la larga maledicencia de su vida. Dos cosas podrían inquietarlo: que esta gran torta de cuatrocientas velitas no haya concitado otra vez al coro de jóvenes fervorosos dispuestos a juzgarse las cabezas poéticas por su nombre; y que pronto un festejo igual —en 1980— correspondiera a aquel juvenil e implacable enemigo, Francisco de Quevedo y Villegas, quien, cuando vivió los días, le llamaba "albanañal por de el Parnaso purga sus basocidades".

¿Qué joven poeta español o qué joven poeta uruguayo se ha acordado de la celebración? Si es lícito inventarles opinión, sería más o menos como sigue: "Si es un gran poeta, ¿y si habláramos de otra cosa?" Habrá que disculparlos. Don Luis, porque están tan ocupados con la temática existencial o con la temática político-social —que las dos las comen y el tiempo es breve— que no pueden atender a su deslumbrante oficio que es, irremediablemente, de otra época. Ni siquiera disponer del suficiente tiempo o de la suficiente codicia, para saquearle: para ellos el mundo no es un espectáculo cuya perfección radiante acrisolando los mitos y las jerarquías estéticas, ni es un laberinto cuito de delito de recorrer entre tinieblas hasta que irrumpa esa luz encueguecedora que buscabas.

A falta de esos renovados admiradores, los eruditos le han rendido su cumplido homenaje. Dos libros recitados para la fecha, avellan los nombres del primer gongorista americano —Alfonso Reyes— y de su congener español —Dámaso Alonso—, y ambos coinciden en la exaltación del mayor poema barroco de la lengua española, la *Fábula de Polifemo y Galatea*. Pero mientras Reyes se limita, siguiendo y perfeccionando un similar trabajo suyo sobre el Poema del Mio Cid, a contar explicativamente treinta y ocho estrofas de la *Fábula*, asumiéndose Góngora para prosificar, Dámaso Alonso entrega, un utilísimo libro en cuarta edición "muy aumentada": con la mirada puesta en el lector culto estudia en once capítulos todos los aspectos del tema, desde la época histórica, la vida de Góngora, las características del gongorismo, hasta el análisis de su

influencia; en una segunda parte ofrece una antología minuciosamente comentada incluyendo la serie integral del Polifemo con versión prosificada y análisis. Desde luego que ha atemperado —no demasiado— los rodeos minuciosos de la erudición académica, porque para éstos, los lectores acuciosos encontrarán satisfacción en sus restantes libros: La lengua poética de Góngora (nueva edición de la parte primera en 1950), Las Soledades (tercera edición de 1956), Las fías, los Estudios y ensayos gongorinos (en Gredos, 1955).

De manera que tanto Reyes como Alonso (el primero desde su tumbal contribuyen al homenaje con libros que buscan difundir entre el público letrado un nombre reservado muchos años a la admiración circular de los iniciados, terminando de paso con el mito del hermetismo gongorino. Nada más feliz que el título de Reyes evocador de aquella colección de textos franceses destinados a la enseñanza de idiomas (le grieco se sans larmes), porque ambas obras se complementan para ofrecer un "Góngora sin lágrimas". Y esto puede iniciar otro período gongorino al mostrar el rigor de su ingenio combinatorio: muchos poetas modernos que lo imitaron con confusiones y oscuridades varias creyendo que eso venía autorizado por el cordobés puede que, tardíamente, reconozcan su desvarío. Y que también se defrauden con su logicismo.

Pero aquí queda la *Fábula de Polifemo y Galatea* de tan irregular y por momentos defectuosa construcción, pero tan cargada de hermosos aciertos. Obra de artificio espiendoroso que no era un exquisito sino, como alguna vez sospechó Ortega, bárbaro y atroz, dueño de un alma inculta ("Imagina uno sus amores con mujeres que no se lavaban, envueltas en muchas, muchas faldas de telas muy toscas"). Un bárbaro que no se puede tolerar a sí mismo, diríamos, y se aterra, hábil, superficial combinador de baratijas llamativas, a los productos de una cultura lejana y decadente. Quizás eso le permitió salvarse del humanismo dulzón, pero, como de paso, también le aborrió la simple humanidad. Por eso mismo, diría Ortega, fue un artista. Es la lección del artista la que hoy, imposibles, podemos contemplar, como si descubriéramos un cadáver y nos regocijáramos al descubrir sus mocanismos.

Como en esta provinciana provincia, toda mordedura al esplendor de los dioses supérstices es, automáticamente, desahorada juventud iracunda (el iracundo poco joven, diría el maestro), conviene transcribir aquí un juicio de Dámaso Alonso, erudito, profesor, poeta también (aunque de Hijos de la ira, que hasta los eruditos desputan de iracundos) quien dice: "contempladas a la altura de 1951, 'pureza' práctica, imagen intensa y sorprendente, etc., nos parecen jalones necesarios en el desarrollo de la poesía en España, si, pero ¡cuán lejanos y tan sacudidos muchas veces por la vida hoy nos preocupan otras cosas muy distintas! ¿quisiéramos dar vida sin interposición, nada, con materiales más o menos pulidos, los corazones humanos. Solamente había pasado un año del tercer centenario de la muerte del poeta, cuando escribíamos: 'Góngora no es nuestro poeta, ni menos el poeta'. Pero es un admirable poeta de superficies."

ANGEL RAMA



Ilustró Luis CARRILLO

(1) Alfonso Reyes: El Polifemo sin lágrimas. La "Fábula de Adán y Galatea". Madrid: Aguilar, 1951, 185 pp.
Dámaso Alonso: Góngora y el "Polifemo". Madrid: Gredos, 1961. Cuarta edición muy aumentada. Dos tomos de 66 y 228 páginas, respectivamente.